PERSONA y Reflexión Antropológica

Reflexiones sobre el amor

Nelson Pilosof[1]

1 Licenciado y Profesor de Filosofía. Escritor, conferencista, poeta, periodista y empresario. Presidente del World Trade Center Montevideo, Uruguay. Ver más en nuestro link de Autores.

El amor es un tema demasiado vasto y variado como para pretender abarcarlo en la dimensión de un artículo. Varias voces amigas me solicitan que emita algunas reflexiones, aunque tan sólo sean una aproximación y una invitación a pensar junto con los lectores.

El amor es la manifestación más profunda, intensa y trascendente de comunicación entre los seres humanos. Nada puede haber más allá del amor, excepto el amor mismo. Todas las otras experiencias de cercanías, convivencia, encuentros y expresiones de buena voluntad y nobles intenciones entre la gente, son distintas formas de emanaciones del amor en sus infinitas dimensiones.

Ya hemos dicho que nacemos para vivir y convivir. La vida es la base de todo posible ser para el hombre. Sin la vida nada es ni podrá ser. Pero vivir no es todo para los humanos. Debemos convivir. Congregarnos y aprender a estar unos con otros. No sólo porque la vida lo reclama para darse y proyectarse, sino para cumplir otros destinos propios de las personas: meditar y descubrir el sentido de la vida, soñar, proyectar, luchar, vencer obstáculos y obtener logros, para que la existencia tenga significado y trascendencia.

Según el pensamiento de Martin Buber, el amor es mucho más que un estado emocional o sentimental. Es una experiencia metafísica. Se identifica con las raíces trascendentes de la armonía universal, de la cual el hombre es parte intrínseca.

Sentimientos y emociones nos anuncian su presencia, pero no la constituyen ni la gobiernan. Es más bien al revés. Cuando el amor nace, despierta las manifestaciones afectivas. Pero no puede surgir por decisiones racionales o por sentimientos. Es imposible amar por contrato. No depende de la voluntad para nacer o para detenerlo, cuando se quiere marchar. Es una esencia trascendente.

Surge para unir a las personas hasta lograr una suprema comunión vinculante. Es entre tú y yo. Un descubrimiento en reciprocidad. El yo es para el tú y viceversa. Una relación que se torna en mutuas significaciones. Es una revelación entre dos.

> " 'Amarás' no es un mandato. Es una exhortación. Amar por mandato es inviable. Sólo podemos asumir el amor que se ha instalado en nuestra alma. Si asumimos el amor que se da, comprenderemos que el otro, por el amor, se torna en prójimo".

El Antiguo Testamento nos transmite un mensaje eterno, que es a la vez una propuesta de compromiso y acción. Nos pone en contacto esclarecedor con el misterio valioso de la existencia humana.

"Amarás al prójimo como a ti mismo". En una concisa expresión nos presenta un trípode sobre el que se apoya el sentido y trascendencia de la trayectoria del hombre y de su destino.

"Amarás" no es un mandato. Es una exhortación. Amar por mandato es inviable. Sólo podemos asumir el amor que se ha instalado en nuestra alma. Si asumimos el amor que se da, comprenderemos que el otro, por el amor,

se torna en prójimo. El prójimo es ese ser concreto, único, insustituible, de rostro identificable e incomparable, con el que entro en comunión privilegiada. Mis emociones anuncian el amor que hay en mí y el que recibo, cuando el prójimo y yo navegamos en la misma órbita trascendente. Pero no lo establecen. No son las emociones que construyen el amor. Es al revés. Hay emociones porque hay amor. El amor perfecciona el encuentro interhumano.

Podemos no asumir el amor, pero no podemos expulsarlo. El amor es el rostro de la libertad interior, que lo asume y lo transmite.

Cuando es el odio el que se instala en el alma, no consigue destruir al amor. Lo relega y lo enquista, trata de ahogarlo. A veces lo encierra para siempre. No lo sustituye en su esencia, pero lo priva de prevalecer en el propio mundo íntimo, y no le permite, por tanto, dirigirlo hacia el otro. El odio no convierte al otro en prójimo. Es un objeto para descargar en su contra el odio que arrebata a su protagonista. El prójimo solo será el otro, para quien elige odiar en lugar de amar.

El amor no es sólo una vertiente hacia el prójimo. Es un camino decisivo de uno consigo mismo. Es una armonía interior de mi yo con mi tú íntimo. Es el despliegue interior del hombre hablando consigo mismo. Cuando hay armonía íntima, el hombre es el interlocutor de sí mismo.

La enseñanza bíblica nos pide amar al prójimo "como a ti mismo". No es posible brindarse al prójimo si no se cultiva el amor a si mismo.

Quien siente odio, desecha el llamado interior del amor. Por no amarse a si mismo no puede transmitir amor ni promover la confianza existencial y la reciprocidad. Quienes odian eligen la confrontación en lugar de la confraternización y el amor. Puede haber asociación para el odio, pero nunca una relación fraternal en comunión. Donde hay fraternidad, el amor prospera.

Como expresamos líneas arriba, el amor se manifiesta de maneras infinitas. Hay distintos tipos de amor. Si bien el amor es trascendente, los amores que vamos viviendo se revelan en el tiempo que le toca vivir a cada persona. Todos se viven en el presente. Pero cuando pasan, quedan en el pasado.

Los amores ya vividos pueden regresar al recuerdo, envuelto en lejanías y nostalgias. Son memorias que se dan en el presente. Pero en su mismidad, son irrecuperables. Retornan con la melancolía de lo que ya fue. Pero tal como fueron, ya jamás serán.

Pero, ¿cómo llega el amor? ¿Cómo se sustenta mientras está vigente? ¿Cómo se desvanece y se va? Son preguntas esenciales que están conectadas con el misterio. Podrán invocarse circunstancias, hechos y causas eventuales, pero son interrogantes casi sin respuestas.

Las fronteras infinitas del amor se identifican con las infinitas fronteras del misterio universal. Podemos describir cómo, pero apenas podemos atisbar por qué.